

# Estar o no estar en el mapa

Por Richard Resl  
(rresl@usfq.edu.ec)

Todo lo que investigamos, todo lo que nos conecta, todo lo que nos alimenta, nos amenaza, sustenta e identifica tiene su lugar y contexto en un espacio, el cual definimos en última instancia como nuestro espacio de vida o planeta Tierra. Hoy en día, sin embargo, ocupar un espacio no es suficiente: a través de la tecnología, todo aquello que no tiene un registro geográfico o que no es posible rastrear a través de sistema asistidos de navegación, simplemente, no “existe”.

Es así, por ejemplo, que los negocios, mercados o servicios que no están georreferenciados no pueden ser rastreados por los sistemas asistidos de navegación de los potenciales clientes. O, al igual que un huracán que no está monitoreado espacialmente, no sería posible hacer un trabajo de prevención efectivo.

Es el caso también de aquellos pueblos amazónicos que, si no están identificados en el mapa, no existen para el resto del mundo en los dispositivos digitales, y por lo tanto no pueden ser valorados o tenidos en cuenta, con sus propias y particulares necesidades.

Por medio de sistemas de información geográfica (por su sigla en inglés GIS, Geographic Information System), el mapa se ha convertido entonces en el referente determinante para definir ese peculiar estado de “existir o no existir”.

Hoy por hoy, enseñar la “Geografía de las Cosas” es la base para entender el *Big Data* (datos masivos o a gran escala), o para organizar el Internet de las cosas (*Internet of Things*), o para planificar nuestras ciudades de manera más sustentable, o para comprender el sinergismo de las fuerzas sobre un lugar y emprender análisis, modelamientos e implementaciones sistémicas de fenómenos sociales, por naturaleza complejos. Otro aspecto interesante es el nuevo enfoque en la transdisciplinariedad para resolver problemas emergentes. Estos, que surgen a todo nivel y a toda escala, tanto en lo global como

en lo local, nos ha convocado a interactuar de manera más intensa entre científicos y profesionales de diversas disciplinas.

Como resultado, obtenemos nuevas percepciones, las cuales nos permiten traducirlas en visiones. Y mientras que la capacidad de visualización mediante la tecnología digital captura lo humano, a través de sensores capturamos imágenes del lugar más remoto del mundo, implicando de inmediato un monitoreo en tiempo real de nuestra vida en el planeta, desde mínimos movimientos de placas tectónicas hasta grandes patrones de deforestación.

Los usuarios de *Waze*, por ejemplo, una aplicación de GIS, experimentan el poder del *crowdsourcing* (colaboración abierta) y el consecuente *Big Data* en el tráfico, lo cual es apenas el comienzo de una era de inteligencia en las redes, aquella delgada frontera de interacción entre el humano y la máquina. No es ningún secreto que tengamos hoy en día la capacidad de ubicar un objetivo determinado, un crimen o a cualquier ciudadano en tiempo récord.

Incluso podemos darle las coordenadas a la inteligencia artificial y dejar que los

*Cuando las redes sociales en este mismo momento definen la existencia social de un joven, la geografía plasmada en estos nuevos formatos de mapas marca la gran oportunidad de conectarlo con los demás y con las cosas.*

algoritmos nos propongan diariamente el ritmo de vida, cómo movernos, hacia dónde y cuándo desplazarnos. Pero también podemos optar por tomar cierto control de esta nueva oportunidad para adquirir conciencia sobre nuestra existencia y el futuro de nuestras sociedades.

Desde este punto de vista, la accesibilidad a información espacial se vuelve crucial, y dependerá de nuestra habilidad para interpretar los mapas, que ya no se parecen al mapa plano que conocemos, aparentemente estático y con su respectiva leyenda al lado, sino que ya son “mapagramas” dinámicos que, entre otras, aumentan la realidad a través de un visor inteligente y su conexión a una base de datos espacial dinámica (*augmented reality*).

Es así que entramos en la era de la modelación del continuo, donde es necesario decodificar la avalancha de datos para conectar el flujo permanente de información a instancias de nuestro mapa mental. Cuando las redes sociales en este mismo momento definen la existencia social de un joven, la geografía plasmada en estos nuevos formatos de mapas marca la gran oportunidad de conectarlo con los demás y con las cosas.

Y es justo en la combinación de estos dos poderes, la nanotecnología y la ciencia del dónde (*science of where*), así como en el advenimiento de las redes sociales y la información georrelacional, que nace el GeoCiudadano: una aplicación en su versión actual, disponible por principio, sin escalas, sin límites, sin agenda ni mayor convención cultural, para proponernos una plataforma que nos permita conectar nuestros espacios de vida, nuestras actividades, nuestros problemas y necesidades, a fin de poner en marcha un *crowdsourcing*, controlado por la misma comunidad. A través de GeoCiudadano



podemos convertir la información en activos o en recursos que auspicien algún emprendimiento, basado en lo que mejor sabemos, y guiado por lo que mejor sabemos hacer.

Esto significaría *groundtruthing* (verificación directa) en su significado más amplio, y una caminata por esa arista entre lo que nos propone la inteligencia individual y colectiva en un lado, y la inteligencia artificial en el otro, conectándonos en un instante de millones de iteraciones de procesamiento computacional.

Eso sí, la herramienta no funciona solita, ni se reduce a aplastar un botón (aunque podría hoy en día, al estilo *app*, aparecer de tal forma, y abrirnos un fácil acceso de donde estemos). Por el contrario, su utilización requiere voluntad para participar, valor para romper esquemas, precisión para explicar lo que estoy observando en mi entorno y clavarlo en el mapa. Pero, sobre todo, implica el arte de motivar a un colectivo de vecinos y convivientes para hacerlos partícipes y encontrar juntos una solución, así como la creatividad para expresar ideas y propuestas propias que

puedan competir dentro de un extenso rango de opciones y logren materializarse en una salida real para problemas locales o globales.

Con el avance de la ciencia y de tecnologías de Sistemas de Información Geográfica, estudiar y enseñar Geografía se ha transformado en una disciplina dinámica, abierta a fortalecer los insumos para plataformas transdisciplinarias, tanto en la investigación como en la práctica, de una diversidad y cantidad de proyectos en el sector público y privado.

En definitiva, se trata de una tarea para mentes abiertas, de artes liberales; un emprendimiento para emprendimientos de nuestros estudiantes y profesores, así como un compromiso firme con la comunidad.

Existimos. Coloquemos nuestras iniciativas en el mapa del presente y en favor de nuestras generaciones futuras.

Más información en <http://blog.geocomunidad.org/es/>